

## Martin Hilbert: “Nos condena a repetir nuestra historia”

Cada vez es más claro que dar poder a la inteligencia artificial (IA) limita la libertad en varios aspectos. Hoy, la mayor parte de la IA comercialmente viable es de aprendizaje automático, y el aprendizaje automático extrae el conocimiento de los datos, de cada huella digital que dejas con cada paso digital que das. Por lo tanto, este aprendizaje automático solo puede replicar los pasados que ya existieron. Más aún: crea una versión optimizada de ese pasado. ¿Quieres vivir en una versión optimizada del pasado de Chile? Probablemente no. Como sea, no hay datos sobre un Chile sin pobreza, sin contaminación y sin conflicto armado. Dar todo el poder a la IA nos condena a repetir nuestra historia por siempre. Limita nuestra libertad porque nos encierra en nuestros pasados y/o, al menos, en los pasados de aquellos que nos han precedido.

Que la IA potenciada por datos aprenda sobre tus preferencias pasadas y te muestre avisos que coinciden con ellas es genial si estás buscando un producto de consumo, pero es horrible si quieres informarte políticamente. Reafirma los sesgos existentes, lo que al final lleva al extremismo y la polarización y al hecho bien conocido de que la izquierda y la derecha ya no hablan entre sí.

También puede interferir con tu creatividad. Busca en línea la aplicación Sketch-rn, que es una herramienta de aprendizaje automático de Google que te recomienda maneras de dibujar. Mientras dibujas, pregunta, ¿cuánto está influyendo/limitando/cambiando tu “libre albedrío”? ¿Esta guía digital fomenta o limita tu “libre albedrío” para dibujar lo que quieras? Lo mismo pasa con tus elecciones de consumo, tus amistades, tus opiniones políticas: todas están moldeadas hoy por el filtro de la IA.

Entonces, ¿seremos limitados por la IA? Sí. Estamos haciendo una reingeniería de la humanidad, estamos permitiendo que nuestros patrones ya existentes jueguen un papel mucho más importante al potenciarlos a través de la IA. Esto nos encierra en un circuito de retroalimentación que podría llevarnos a una espiral, especialmente porque en muchas áreas la IA es un pensador mucho mejor, más consistente y más poderoso que el cerebro humano. Pero, y este es un pero importante, ¿quién dice que el cerebro humano es solo una máquina pensante? Si los humanos solo somos eso, tenemos un problema. Necesitamos desarrollar un nivel de conciencia que no solo sea lo suficientemente fuerte para guiar nuestro propio pensamiento (actualmente muy pocas personas pueden hacer esto), sino que un nivel de conciencia aún más fuerte, capaz de guiar a nuestras máquinas de pensamiento. En resumen: nosotros, como humanidad, necesitamos evolucionar. Con rapidez.

Martin Hilbert es profesor de la Universidad de California, especialista en comunicación, creó y coordinó el Programa Sociedad de la Información de la Cepal; es autor de “Digital processes and democratic theory” (Google Books).



DANIEL MANN GARCÍA

# LA UTOPIA DE LOS DATOS: ¿un mundo feliz?

DEBATE | El dataísmo o la ideología de nuestros tiempos

Todo es cuantificable. La inteligencia artificial alimentada por una inmensa masa de datos promete revolucionar nuestras vidas; ya lo está haciendo: desde autos sin conductor humano, pasando por progresos médicos y, en general, la liberación de labores y decisiones que llenan nuestro día: cómo llegar a algún lado, qué regalarle a un amigo, cuál es la mejor política pública. Una pregunta antigua vuelve a tener vigencia: ¿la tecnología nos conduce a la autonomía o al fin del libre albedrío? Es lo que se reflexionan autores como Yuval Noah Harari y Byung-Chul Han.

JUAN RODRÍGUEZ M.

El 4 de febrero de 2013 el periodista David Brooks escribió en The New York Times: “Si me pidieran describir la filosofía emergente del momento, diría que es el dataísmo. Hoy tenemos la capacidad de recopilar grandes cantidades de datos. Esta capacidad parece llevar consigo ciertos supuestos culturales: que todo lo que se puede medir debe medirse, que esos datos son un lente transparente y confiable que nos permite filtrar el sentimentalismo y la ideología, que esos datos nos ayudarán a hacer cosas notables, como predecir el futuro”.

Seis años después, lo que entonces era una filosofía emergente y un concepto recién acuñado —dataísmo o dataísmo— se ha convertido en una ideología y hasta en una religión. O al menos eso es lo que dicen intelectuales como el filósofo surcoreano-alemán Byung-Chul Han o el historiador israelí Yuval Noah Harari; autores, respectivamente, de “Psicopolítica” (Herder) y “Homo Deus” (Debate). Una religión, dice Harari, porque se trata de una devoción por los datos, potenciada hasta lo inimaginable debido a los progresos de la inteligencia artificial, que se abastece de ellos: gracias a nuestros computadores y celulares inteligentes (y cada vez más: refrigeradores, relojes, televisores, autos y, por qué no imaginar, nuestras camas), lo que hacemos se traduce en datos que recogen las grandes corporaciones de internet, a partir de los cuales se puede desde predecir y modelar comportamientos individuales y colectivos, reemplazar a buena parte de la fuerza laboral

humana (o eso es lo que se augura), y lograr, también, progresos fantásticos en la medicina y la ingeniería, por ejemplo.

Según Han, esa acumulación de datos es un entramado de informaciones, pero no de sentido; no hay narración, tampoco teoría, se pierde el “aroma del tiempo”, la memoria. “La segunda Ilustración”, dice, “es el tiempo del saber puramente movido por datos”. Por su parte, Harari afirma que después de haber venerado a los dioses y a los hombres, la adoración de los datos pone en cuestión al humanismo y al libre albedrío.

El filósofo francés Éric Sadin, autor de “La humanidad aumentada” (Caja negra), ha dicho: “Esos sistemas son capaces de interpretar situaciones y tomar decisiones sin que el ser humano tenga que intervenir”. El horizon-

te es mercantilizar todas las esferas de nuestras vidas, cree Sadin.

Otro autor, el economista canadiense Nick Srnicek (“Capitalismo de plataformas”, Caja Negra), habla de un “capitalismo de datos”, a propósito de la economía basada en aplicaciones o plataformas móviles, desde Google a Airbnb. Aunque él, a diferencia de los temerosos de la tecnología, aboga por acelerarla, pero a favor de realidades disruptivas que, dice, permitan superar el capitalismo.

### El triunfo de la información

Al menos desde el siglo XVIII, el progreso tecnológico es una promesa de cada vez mayor libertad para el ser humano: libertad o, si se prefiere, autonomía respecto de lo que podría ser el destino o la naturaleza; la posibilidad es forjar nuestro futuro, incluso ganar tiempo libre (más ocio) gracias a que las máquinas se harán cargo de las tareas que ocupaban nuestras jornadas.

Esa promesa es la que se ha renovado en el siglo XXI con la revolución digital y últimamente con los avances de la inteligencia artificial y del procesamiento de datos (*big data*); incluso autores como el físico chileno César Hidalgo hablan del “triunfo de la información”. “La democracia tiene esta idea de que la gente tiene que ejercer el poder, pero como las personas no pueden ejercer el poder de manera directa, se elige a un representante, y ese representante es un cuello

de botella en el sistema al que cualquiera que desee capturar la democracia, debe capturar también”, dijo el año pasado Hidalgo a “El Mercurio”. ¿La solución? “Imagínate un futuro en el cual cada persona tiene un senador personalizado, pero ese senador personalizado no es una persona, es un *software*, un agente de inteligencia artificial, que toma datos sobre tus hábitos de lectura, sobre tus interacciones en redes sociales, tu test de personalidad, información que tú le provees a esa persona virtual para que te represente cada vez que una ley o una legislación se va a votar”.

Dicho a grandes rasgos, están los optimistas que ven en el *big data* la posibilidad de superar desigualdades y aumentar la libertad humana; y los pesimistas que, en cambio, acusan que detrás de ese mundo feliz está el Gran Hermano. Entremedio hay autores como el filósofo francés Luc Ferry, autor de “La revolución transhumanista” (Alianza), quien, dadas las bondades de las nuevas tecnologías, desde la medicina a la economía, se pregunta hasta dónde estamos dispuestos a sacrificar importantes áreas de nuestra vida privada “para beneficiarnos con las ventajas del *big data*”. Por ejemplo, una investigación del diario El País de España mostró que YouTube, la plataforma de videos en línea, escoge contenido extremo, sin importar si son noticias falsas, para mantenernos enganchados a la pantalla. Entonces, ¿quién elige cuando elegimos qué ver?

Dicho de otro modo: ante el exponencial avance en el procesamiento de datos, ¿qué cree usted, ¿vivimos la utopía del dataísmo?, ¿estamos cerca de la autonomía que prometió y buscó la Ilustración? o, al revés, ¿el progreso tecnológico y en particular esta sociedad de los datos nos lleva al paradójico resultado de una pérdida de libertad?

MÁS OPINIONES EN E 4

## Carlos Peña: “La tontería del dataísmo”

El dataísmo, como lo llamó David Brooks, designa dos cosas al mismo tiempo. Por una parte, la increíble capacidad hoy disponible para reunir y procesar datos; de otra parte, la convicción ideológica de que ese fenómeno, conforme se expanda, hará la vida humana mejor.

Pienso que ambas afirmaciones que la filosofía del dato esconde son erróneas.

Desde luego, reunir y procesar datos sirve para predecir comportamientos, hábitos de consumo e incluso trazar perfiles genéticos; pero hay algo que ni siquiera la reunión más fantástica de datos imaginable podría hacer: tener intenciones o capacidad reflexiva. Así, los datos permitirían saber en sentido causal (¿cómo llegó a ocurrir tal o cual cosa?), pero son y serán siempre ciegos para saber en sentido intencional (¿por qué ocurrió tal o

cual cosa?). Los datos pueden describir lo que hacen los partícipes de un juego; pero no captarán el sentido de jugar. Y es que lo que llamamos cultura (que casi se identifica con lo que llamaríamos humano) no puede ser explicado en términos puramente causales. Por eso desde antiguo las ciencias sociales o las humanidades han buscado metodologías comprensivas, esfuerzos por captar o aprehender la intencionalidad que subyace a cualquier esfuerzo humano. En suma, el dataísmo en su dimensión tecnológica —la capacidad de reunir y procesar datos— podrá aligerar la vida y predecir comportamientos rutinarios; pero no agregará un ápice a esa dimensión de lo humano consistente en ejecutar actos con propósitos y conferirles un sentido.

Pero el dataísmo no solo deja escapar la

intencionalidad. Tampoco hará la vida mejor.

Por supuesto, la hará mejor en sentido puramente utilitario (las empresas dirigirán sus ofertas con más eficiencia, el comportamiento de individuos agregados se podrá predecir, la congestión en las ciudades administrar, etcétera); pero no la hará mejor en sentido moral.

Por el contrario, la filosofía del dataísmo arriesga un daño moral.

Ocurre que la cultura democrática descansa sobre una imagen del ser humano como un agente de su propio quehacer, alguien que está constituido por un magnífico factor de incertidumbre al que llamamos libertad. La idea de responsabilidad, la creencia de que hay cosas que acontecen porque son causa-

das por nuestra decisión; la dignidad, que reposa en la convicción de que cada uno es único e irreplicable; la de inviolabilidad, conforme a la cual ningún ser humano

puede ser usado como medio, son todas ideas que reposan sobre la imagen de lo humano como una mezcla de destino y desempeño en proporciones que ignoramos. Si comenzamos a ver al ser humano como el fruto de una causalidad que los datos permiten describir, todos esos bienes morales se vendrán poco a poco al suelo.

Después de todo, si supiéramos (o creyéramos saber) que hay algunos entre nosotros condenados *ex ante* a ser un fracaso, si de pronto creyéramos que nuestro comportamiento es totalmente predi-

ble, si nos dejáramos seducir por la idea de que los algoritmos describen lo humano, entonces todos nuestros ideales morales, la igualdad y la libertad, serían simples fantasías, cuentos contados por un idiota.

El dataísmo, en su dimensión filosófica, la creencia de que la acumulación de datos nos hará mejores, es así una simple reedición de lo que pudiéramos llamar la supersición tecnológica, la idea de que si reunimos suficientes datos el secreto de lo humano acabará; la idea, en fin, de que si ponemos a un simio a teclear una computadora durante un tiempo suficientemente largo, podría acabar escribiendo “El Quijote” o “La crítica de la razón pura”.

Carlos Peña es filósofo, rector de la UDP; su libro más reciente es “El tiempo de la memoria” (Taurus).



FABIÁN RIVAS